

Sin embargo, en Grecia, donde el tiempo no ha podido destruir las huellas del magnífico idioma de Homero y de Demóstenes, no puede regir semejante prescripción, por que esos términos defectuosos son allí tan chocantes, como lo sería para nosotros el llamar *calatícoras* á la máquina eléctrica ó *para-rayos* al *barómetro*; y ha sido preciso, para evitar la crítica, variar muchos nombres admitidos probablemente para siempre en el resto del mundo científico. Así, la palabra *osmosis*, de que acabamos de ocuparnos, por ejemplo, ha sido sustituida por *diapidisis*, término empleado ya por Aristóteles. (1).

No menos imperfectos son, en gran parte, los términos consagrados en nuestro sistema métrico, descuido irremediable ya, é inconcebible en una nomenclatura nacida en el seno de la ciencia, y formada por los sabios.

Por de pronto, la palabra fundamental *metro*, que dá nombre al sistema, hay que convenir en que no es de elección muy acertada; μέτρον significa *medida*, palabra excesivamente vaga y general para designar la medida longitudinal que representa. *Sistema métrico* equivale á decir *sistema de medidas*, lo que no especifica el que tiene por base la diezmillonésima parte del cuadrante de meridiano; lo mismo podría denominarse métrico, atendiendo á la etimología de la palabra, cualquier otro sistema de medidas, y el recto criterio exigía que el calificativo aplicado á la palabra sistema (calificativo que con razon pensaron que debía tomarse de la unidad fundamental) especificase en correcto griego lo que era la unidad tomada como base de partida, ni más ni menos como cuando decimos en la luz *sistema de las ondulaciones*, expresamos la idea fundamental de *onda*, que es el elemento que sirve de base al sistema, y no decimos *sistema de la luz*, por que existe muy conocido otro, el de la *emisión*. Y cuenta con que nos parece bien que se exprese la palabra *métrico*, para indicar que se trata de un sistema de *medidas*, única cosa que en rigor puede designar esta voz; pero debiera haberse antepuesto á tal epíteto una raíz que expresara la naturaleza de esa medida, formando en virtud de la gran facilidad que el griego ofrece para la composicion, una palabra compuesta, como por ejemplo, *mesuramétrico*, de μετροζώνητρα (meridiano) término que sólo citamos como ejemplo, sin recomendarlo, porque es poco á propósito y hubiera sido preciso buscar uno adecuado, lo que, como ya hemos dicho arriba, es fácil en una lengua tan rica y expresiva.

La palabra *gramo*, para las unidades de peso, se adoptó con poca

(1). Διὰ τῶν πύρων διαπύδουσα ἡ τροπή, καὶ ἅπαν ἐν κερήμεν ὡμοῦς τὸ ὕδωρ. (Περὶ γένεως.)

premeditación ó acierto por lo ménos, pues rara vez, en efecto, usaron los griegos la voz *γραμμῶν*, en sentido de *escripulo*, siendo así que es muy frecuente la *γραμμή*, *línea*, de que se forman con mucha propiedad las palabras *paralelógramo*, *diagrama*, y con ménos las *anágrama*, *epígrama*, *telégrama* y otras. (1) Parecida crítica podría hacerse de otras unidades métricas, como *litro*.

Las raíces *hecto* y *kilo*, que sirven para formar los múltiplos, son también sumamente incorrectas. *Hecto* no significa *cientos*, sino *sexto* (ἕκτος, ἡ σ) y nótese el espíritu áspero de la *ε* que legitima la *h* de la raíz métrica adoptada. *Hectómetro* significa en realidad *sexta medida*, y á lo sumo *medida séxtuple*: véase cuán diferente es el sentido etimológico y correcto, del que convencionalmente se ha dado á esta palabra. Los fundadores del sistema pudieron haber formado *hécto*, de ἕκτος (cientos) y haber dicho *hecatómetro*, *hecatólitro*, palabras más eufónicas que las admitidas, por más extrañas que á primera vista nos parezcan. En cuanto á la voz *kilo*, está bárbara y violentamente trasladada de *χίλιοι* *mil*, con entero descuido de los preceptos ortográficos. (2) La *h*, letra antipática para los idiomas neolatinos y que introdujeron los autores de la nomenclatura métrica, no está justificada por nada, pues la *γ* del numeral griego, equivale á *ch*, y todas las palabras que, conteniendo dicha letra, pasaron *griego fonte* al latín, la cambiaron en *ch*, obedeciendo al precepto de Horacio *parcé detorta*: interpretando *γ* por *k*, la palabra está completamente desconocida y mutilada. (3) Los autores del sistema suprimieron además la segunda *ε*, que por corresponder al radical, debiera estar expresa, con lo que la palabra métrica, lejos de perder, hubiera ganado mucho en fonía. ¿Qué razones pudo haber para no haber escrito *chiliómetro*, *chiliógrammo*, como se escribía *archeologia*, *chímica*? Esto nos hubiera ahorrado el empleo, al principio enojoso y siempre chocante para nosotros, de la *h*; y hoy que nuestra ortografía, por excelencia y con pocas excepciones fónica, niega á la aspirada *ch* el sonido guttural fuerte y suprime las letras dobles mudas, escribiríamos con toda propiedad *quiliómetro*, *quiliógramo*, como escribimos *arqueología*, *química*. Las lenguas cuya ortografía

(1) Sobre la pronunciación de estas voces, véase el artículo *ταετρο*.

(2) Quizá al leer estas líneas, recuerde alguno haber oído, con nosotros, á un catedrático de lengua griega, delante de numerosos sino auditorios, estas ó parecidas palabras: «La introducción en nuestra lengua de la *h*, por ejemplo de *χίλιοι* *mil*, fué inevitable.»
¿Sensible es que haya quien desde una cátedra diga tales disparates!

(3) *Κίλιος* significa *puercos* en dórico: *χιλιόπαιον*, y en castellano, con la ortografía moderna *kilómetro*, significa en rigor *medida de diez mil*.